

Izrael Trujillo*

De niño
espiaba a través
de la cerradura
en el cuarto de mis padres,
el amor era sombras
y quejidos.
Durante el día,
el nombre de mi madre
era un ave recién nacida
en labios de mi padre
—del caos y las tinieblas
florece su nombre—.
Tristes discípulos
fueron mis ojos
que no dejaron
acercar mi alma.

* Casa de la Cultura, San Cristóbal Ecatepec. Estado de México.

Mi cuerpo fue a las sombras
y entre el caos y quejidos
tuve amores,
mas a la luz del sol
dije sus nombres
y de mi boca nacieron
aves muertas.

||

Sobre las piernas de mi madre
caía un chal, heredero de una cascada
de flores eternizadas,
siempre maduras, siempre secas.
Su rostro, tan amado,
se me iba diluyendo en los ojos
al tiempo que la lluvia
deslavaba los muertos de su alma.
La tarde hizo su parte,
y del jardín,
avivado por el rocío,
nació un chirriar,
como de huesos
rumiados en la mente.
¿De dónde viene ese sonido?
murmuré, mientras la lluvia
se perpetuaba en sus mejillas.
—Son grillos, hijo, cantan
para arrullar a las semillas
recién nacidas.
Pasando sus mortecinas manos

bajo sus párpados, salió al patio
para volver con uno de esos bichos
sobre su palma.

—Son ellos los que cantan, dijo,
mientras lo colocaba a la altura
de mi vista.

¿Y por qué llevan guadañas
en las patas?,
pregunté con la corrosiva
inocencia que dan los primeros años.

Su mano se cerró
tan lentamente,
que tuve tiempo para aprender
de la vida el canto y el silencio
sin llorar como un niño,
por el grillo, por mi madre
o por mí.

